

Wellington sobre Ciudad-Rodrigo: retirase sosteniendo choques con el ejército de Marmont: gloriosa sorpresa de Arroyo-molinos: reconquista de Ciudad-Rodrigo: recompensas que conceden las Cortes y el Parlamento de Inglaterra.—Abadía sucede á Santocildes en el mando del ejército de Galicia: amago de Dorsenne contra esta provincia.

CAPITULO XXXIV

En la parte occidental y septentrional de España, repuestos los franceses del descalabro de la Albuera, prosiguió la campaña tan hábilmente empezada en las líneas de Torres-Vedras.

Establecido Wellington en Fuenteguinaldo, proponiase rendir por hambre á Ciudad-Rodrigo, escasa de provisiones, para lo cual formó una línea desde aquel punto por Ródon, Espeja y el Carpio hasta el Azava inferior. El grueso de su ejército lo distribuyó por las orillas del Agueda y en Perales y Alamedilla. No habia más españoles que las columnas de D. Julian Sanchez y Carlos de España.

Marmont, así provocado, salió á medir sus armas con el afortunado enemigo que acababa de humillar á dos mariscales del imperio. De acuerdo con Suham y Dorsenne, partió el 13 de Setiembre de Plasencia dejando tomadas, como general prudente, varias precauciones en el puerto de Baños y los pasos de los rios. Reunidas todas las fuerzas cerca de Tamames en número de sesenta mil hombres con la artillería correspondiente, atacaron el 25 al inglés en sus posiciones.

La embestida en la parte inferior del Azava, donde mandaba Graham, logró sólo un pasajero triunfo, pues los ingleses recobraron pronto lo perdido en el primer ímpetu del francés. Pero la mayor fuerza de éste cargó contra la division situada en las lomas que hay entre Fuenteguinaldo y Pastores: eran sobre cuarenta escuadrones con mucha artillería, seguida de catorce batallones. Fué resistido su empuje con gran bizarría; pero conociendo Wellington que no podia socorrer á los suyos con fuerzas de otras partes antes que entrase en fuego la infantería enemiga, los mandó retirarse á otras posiciones; operacion que ejecutaron formando cuadros con gran serenidad y maestría. Las nuevas posiciones, haciendo centro en Fuenteguinaldo, no se atrevió Marmont á atacarlas; y sin embargo, aún no satisfacian al inglés. Tomó otras en Alfayates, pueblo ya de Portugal, donde se trabaron vivos choques sin resultado decisivo para ninguna parte. Wellington aún creyó más conveniente otra posicion una legua más atrás; pero los franceses, logrado ya su objeto, que era alejarle de Ciudad-Rodrigo, no quisieron aceptar la batalla que les presentó. Se alejaron,

yendo Marmont á tierra de Plasencia, y los generales subalternos á sus anteriores estancias de Salamanca y Valladolid. Cerciorado de esta separacion, volvió Wellington sobre Ciudad-Rodrigo, estableciendo su cuartel general en la Frejeneda, donde se ocupó en preparar los materiales necesarios para la formalizacion del sitio. En tanto sucedió la gloriosa sorpresa de Arroyo-molinos, brillante episodio de esta campaña. Con la mira de privar de recursos á nuestro ejército de Extremadura, habiase el general Girard extendido desde Cáceres hasta las Brozas con su division de cinco mil hombres. Castaños, para alejarla ó destruirla, propuso á Wellington un movimiento combinado con la gente de Hill que seguia en el Alem-Tejo. Habiéndose convenido el inglés, vino su subalterno de Portugal con toda su fuerza, que subia á unos catorce mil hombres, los cuales se juntaron el 24 de Octubre en Aliseda con cinco mil de Jiron, segundo de Castaños. Combinaron las cosas tan bien, que en la madrugada del 28 estaban todos formados en una hondonada de Arroyo-molinos, residencia de Girard. Nada supo éste por la profunda reserva que guardó el país. Así, cuando á las siete de la mañana se pusieron en movimiento nuestras columnas, favorecidas por una espesa niebla, en ocasion en que el francés emprendia la marcha á Mérida, éste no pensó al avistarlas sino que fuese la gente de algun partidario, y solo mandó alijerar el paso. Cuando ya no le cupo duda, los aliados estaban sobre él, y la sorpresa no le dejó tomar las disposiciones oportunas. Acometido por todas partes, apenas opuso resistencia; buscó su salvacion en la fuga con algunos pocos, y su tropa fué perseguida hasta que se fatigaron los aliados. Perdió cuatrocientos hombres entre muertos y heridos, más de mil cuatrocientos prisioneros, en medio de cuya muchedumbre se veia al general Brun, el duque de Aremberg y mucha oficialidad, dos banderas, gran número de fusiles y todo el bagaje. Entre los muertos quedó tambien el general Danbrousi. En una palabra, perdieron los franceses toda la division, excepto una pequeña brigada que iba de vanguardia en la marcha, y que nada



supo de lo acontecido hasta llegar á Mérida. Los aliados no perdieron más que unos cien hombres. La guarnicion de Badajoz, llena de estupor, tuvo dos dias cerradas las puertas temiendo ser acometida; pero los aliados, conseguido su objeto, volvieron á sus anteriores acantonamientos.

Sirvió este afortunado suceso de anuncio de la reconquista de Ciudad-Rodrigo. Luego que Wellington hubo reunido en la Frejeneda y en Almeida los materiales necesarios para el sitio, llamó á que protegiesen la empresa las columnas de Hill, Carlos España y D. Julian Sanchez y el 8 de Enero del año inmediato de 1812 se presentó delante de la plaza. Habian mejorado mucho su defensa los franceses, pues además de reparar los daños causados en el asedio del año 10, fortificaron el convento de Santa Cruz al Nordeste y los edificios más sólidos y bien situados del arrabal, y sobre el cerró de San Francisco construyeron un reducto, al que dieron el nombre de Renaud, en memoria de su gobernador, á quien habia poco antes cogido prisionero por medio de una estratagemá don Julian Sanchez.

Aunque habia de guarnicion dos mil hombres, fueron de corta duracion las operaciones: en la misma noche del 8 se apoderaron los ingleses del reducto, y plantaron en el foso tres baterías de once piezas cada una; el 13 se apoderó Graham de Santa Cruz; al dia siguiente, despues de haber maniobrado las tres baterías algunas horas, cayó por la noche en poder de los aliados San Francisco; y el 19 quedaron los muros aportillados por dos partes. Los sitiados hicieron el 14 una salida para contener los progresos de los aliados; pero, aunque vigorosa, no pudo impedir que llegase la hora del asalto, operacion que aceleró Wellington por la aproximacion de Marmont y por noticias que recibió siniestras de Valencia. Al anochecer del mismo 19, en que fueron abiertas las brechas, se dió el asalto por ambas en cinco columnas. Los franceses apenas pudieron retrasar más de media hora su triunfo, adquirido á costa de mil trescientos hombres y la deplorable pérdida de los generales Crawford y Mackinson.

Las Cortes dieron gracias al ejército anglo-





portugués, y elevaron á su caudillo á la grandeza de España con el título de duque de Ciudad-Rodrigo. El parlamento inglés tambien concedió varias gracias, y ordenó que se erigiese un monumento á la memoria del malogrado Crawford.

El ejército de Galicia hubiera debido concurrir á hacer más importante esta reconquista; pero andaba mal regido. Separado del mando en jefe Santocildes (dijose que por celos de Castaños) su sucesor Abadía hizo luego conocer que la reputacion de buen militar que gozaba estaba fundada, más que en la ciencia y el génio, en meras exterioridades de policía, que cuando más podian revelar talento organizador.

Al tiempo del relevo, á mediados de Agosto, habiendo Dorsenne puesto en moviento sus fuerzas contra las nuestras de aquella parte, que seguian avanzadas hasta la Bañeza y Astorga, tuvo la discrecion de dejar la direccion de las operaciones á Santocildes y su entendido jefe de Estado mayor Moscoso. Propusieron éstos, en vista de la superioridad numérica del enemigo, replegarse á cubrir las entradas de Galicia y Asturias, abriendo comunicacion con el general portugués Silveira, que mandaba en Tras-os-Montes. Ejecutose la retirada con todo órden sosteniendo un continuado combate desde la Bañeza, y siendo en casi todos los choques escarmentado el enemigo.

Cuando hubieron llegado á las puertas de Galicia y Asturias, observando Dorsenne las buenas fortificaciones que habia en ellas y recordando la temible insurreccion de los gallegos, que habia dejado en esqueleto los ejércitos de Ney y Soult, se paró en Villafranca del Bierzo, convirtiendo su empresa militar en una comision del fisco: imponer contribuciones y coger rehenes. Bastó que nuestro ejército le amagase con descender de las alturas para volverse á sus acantonamientos, sin conservar de su escursion otro fruto que la ciudad de Astorga.

Así las cosas, Abadía, presumiendo de entendido, se empeñó en una reorganizacion del ejército, que ni necesitaba, segun acaba de demostrarlo, ni era aquella ocasion oportuna. Mudó en todos los cuerpos jefes superiores y

oficiales, hasta los sargentos y los cabos, hizo traslaciones de unos batallones á otros, de modo que resultó en los uniformes un abigarramiento risible, quedando destruido, que era lo sensible, ese espíritu de cuerpo que tanto importaba conservar. Satisfecho de su obra, rechazó todas las reflexiones que le hizo Moscoso, y por eso pareció más extraño que cuando debia principiar á justificar con hechos sus alteraciones, se marchase á la Coruña y de allí mandase en su lugar al marqués de Portago, corazon sano, pero cabeza pobre. Lo peor de todo fué que el ejército se halló casi incapacitado para eludir las miras nuevamente puestas por los franceses en Asturias.

Bonnet, cerciorado del estado de nuestro ejército y de que Abadía habia además sacado del principado las tropas más aguerridas, determinó tentar otra vez la fortuna en una invasion. Juntó doce mil hombres, que dividió en dos cuerpos, al frente de los cuales se pusieron él y el coronel Gautier, dirigiéndose éste por el puerto de la Ventana, y el otro por el de Pajares, cuyas avenidas habia fortificado Losada, que seguia mandando en Asturias. No pensó éste, sin embargo, en defenderse allí, pues, columbrando el intento de cortarle el paso á Galicia, no opuso más resistencia en la puente de los Fierros que la precisa para ejecutar sin precipitacion la retirada á las márgenes del Narcea. Burló, sí, sus proyectos; pero el enemigo entró en Oviedo.

Mientras así por las partes septentrionales de España seguia la guerra entre próspera y siniestra, caminaba á su desenlace la campaña suspendida despues de la rendicion de Sagunto en las frondosas márgenes del Turia.

Fortificaron los franceses su linea desde el puente del Grao hasta Poterna, á fin de no perder el terreno ganado en tanto que no les llegaban los refuerzos pedidos.

Los españoles tambien fortificaron á Valencia con varias obras, sino todas las más convenientes aunque de poco les sirvieron. La obra principal fué un terraplen de cinco varas de alto y otro tanto de espesor, resguardado con fosos y flancos, que se extendia desde el rio por frente al baluarte de Santa Catalina, comprendiendo los



arrabales de Cuarte, San Vicente y Ruzafa, hasta Monte Olivete, terminando en un reduto con cortadura hácia el mar. Faltó, entre otras cosas, fortificar varios edificios sólidos de las cercanías é inundar los campos con las aguas del riago.

A esto se redujeron casi, en medio de un cañoneo sin fruto, los trabajos de ambos ejércitos durante mes y medio, descuidando Blake el fomentar las guerrillas y llamar en su apoyo el entusiasmo del pueblo. Militar de doctrina y de corazon, desdeñaba cuanto saliese de la táctica profesional; error ó antipatia funesta en semejante clase de guerra de que habia sido victima desde la triste campaña de Reinosa. En los dias de desgracia que pronto sobrevinieron, se le acusó tambien, por unos de no haberse alejado de Valencia á mejores posiciones, por otros de no haber atacado al enemigo; desconociendo todos que en ambos casos se perdía ó exponia á perderse al primer azar de la lucha una ciudad y una provincia que por su importancia y sus recursos interesaba conservar. Lo que debió hacer Blake es defenderse en las fortificaciones de Valencia llamando á las armas á todo el vecindario y acosar al enemigo por la espalda con las guerrillas y columnas volantes, impidiendo cuanto le fuera dable la incorporacion de los refuerzos que Suchet esperaba.

Así que se le unieron el 25 de Diciembre en número de catorce mil hombres, formando un conjunto respetable de treinta y cuatro mil, puso en movimiento todas sus divisiones hácia el rio, el cual atravesaron por medio de tres puentes echados en la noche siguiente. A las diez de la mañana toda nuestra linea habia sido atacada, y en partes quebrantada: en el extremo de la izquierda D. Martin de la Carrera rechazó la vanguardia de Harispe, hasta que avanzó éste con superiores fuerzas precisándole á retirarse camino de Alcira; Mahy, atacado por Musnier en Manises, necesitó ménos para alejarse; el intrépido Zayas en Mislata rechazó á Palombini, y hubiera restablecido las posiciones á ser más eficaz y oportunamente auxiliado. Perdida esta ocasion, fué inútil la resistencia que los dos primeros trataron de oponer en el

pueblo de Chirivella, y todo el ejército se halló separado en dos porciones; una la de Mahy con Carrera, Villacampa, Obispo y Creah, que se encaminó á las riberas del Júcar, y otra la de Blake, que con Zayas, Lardizabal y Miranda se encerró en la principal de las obras exteriores antes mencionadas de la fortificacion de Valencia. Menospreciaron los franceses á Mahy, y cargaron sobre Blake con objeto de encerrarlo en la ciudad, la cual quedo completamente acordonada así que la division Habert hubo pasado el Guadalaviar por medio de un puente que echó cerca del embocadero, despues de alejar por medio de sus baterias en el Grao las fuerzas marítimas útiles, españolas é inglesas, que trataron de impedirselo.

La suerte de la empresa estaba ya decidida por haber descuidado Blake el lado más flaco del recinto, que era el izquierdo, por haber Mahy sostenido tan flojamente su posicion, y no estar la ciudad preparada para una defensa popular. En tal situacion se convino en consejo de generales en salvar lo primero el ejército; pero con tal apatia miró Blake este medio único de salir con alguna honra de la empresa, y tantas dificultades se le ocurrieron, que hasta la noche del 28 no lo puso en ejecucion. Salieron camino de Burjasot, yendo á la vanguardia con una corta fuerza el coronel Michelena. Este intrépido jefe, engañando por medio de un ardid á un destacamento enemigo en el paso de Mes-talla y cogiendo prisionera una patrulla en Beniferri llegó salvo á Liria. No le siguió lo restante de la division de la cabeza porque faltó la resolucion á Lardizabal, y Blake, viendo á éste parado, no supo, á pesar de las excitaciones de Zayas, tomar una resolucion decisiva en situacion tan crítica. Al fin salió de su vacilacion ordenando la retirada á la ciudad para volver á ocupar cada cuerpo el puesto que tenia. Con tal imprevision ó azoramiento habian emprendido el movimiento que ni herramientas llevaban para salvar los pasos que debian encontrar en terreno cruzado de acequias.

Irritado el pueblo con el frustrado proyecto de una retirada, que calificaba de cobarde abandono, y con la convocacion de una junta de autoridades para tratar de capitulacion, se





junta en masas tumultuarias y nombra varios comisionados que vayan á examinar el estado de la línea. Pero al salir á cumplir su cometido, Blake prende á unos en rehenes, envía á los otros á las baterías más avanzadas y hace disolver la junta, prohibiendo toda reunión.

Quedó así sofocado este arranque popular, que aún hubiera podido, diestramente aprovechado, si no libertar á Valencia de la humillacion del extranjero, presentar, sí, á un general brioso ocasiones de reparar su buen nombre.

Suchet entretanto estrechaba el asedio, levantaba reductos, abría las primeras paralelas y comenzaba el fuego contra la ciudad, por la parte de San Vicente y Monte Olivete. Desconfiando Blake de poder sostener las obras exteriores, se replegó al recinto de la ciudad, con lo que facilitó al enemigo, apoderado de ellas, el momento de empezar el bombardeo (5 de Enero), que causó mayores destrozos por no haber tomado precaucion ninguna y ser las circunstancias locales favorables á la destruccion: débil la construccion de las casas, angostas las calles y sin blindajes, la pólvora sin el necesario abrigo y la gente hacinada. Entonces apareció la ciudad dividida en dos bandos, uno que con las autoridades desaba capitular, y otro, formado por la multitud, que se empeñaba en sostener la defensa. Calmó á ésta Blake por medio de la fuerza, y aunque desechó las proposiciones de rendirse que le hizo el enemigo, las cosas caminaban á este desenlace. Suchet se habia apoderado de los arrabales de Ruzafa, San Vicente y Cuarte, las dos últimas brillantemente defendidas por Zayas; en algunos puntos no distaban los sitiadores más que de quince á veinte varas del muro, y cinco baterías nuevas amenazaban desde cerca abrir espaciosas brechas. En esta situacion, Blake ofreció al enemigo capitular si le dejaba evacuar la ciudad con el ejército, pero se lo negaron, y tuvo que plegarse á las condiciones impuestas por un ejército victorioso: la rendicion lisa y llana, con los honores de la guerra, más un canje de dos mil prisioneros por ambas partes. En virtud de este pacto, firmado el día 9, ocupando el sitiador inmediatamente las forti-

ficaciones, hizo Suchet su entrada en Valencia con gran solemnidad.

Cayeron en su poder unos diez y seis mil hombres, y á pesar de eso, no se verificó el canje por haberlo desaprobado la regencia, exacerbado su disgusto con el mal tratamiento dado á los prisioneros. Aunque Suchet prometió respetar la religion, la propiedad y seguridad de todo el vecindario, sin permitir investigacion ni acusaciones sobre lo pasado, unos doscientos prisioneros que se rezagaron de fatiga fueron inhumanamente fusilados, y mil quinientos frailes marcharon á Francia por órdenes de París, excepto algunos que fueron tambien fusilados, siete antes de salir de Castellon de la Plana. Blake fué encerrado en Vincennes.

Gozoso Napoleon con un suceso que habia empañado la reputacion de generales ilustres, nombró á Suchet duque de la Albufera con la propiedad de esta pingüe laguna, y á los demas generales, oficiales y soldados de su ejército les asignó doscientos millones de francos en bienes nacionales de la provincia de Valencia, sin reparar que quitaba á los acreedores del Estado la mejor hipoteca y ménos en que por ello pudiera lastimarse á José.

Hallaron tambien los conquistadores de Valencia un recibimiento que no esperaban; pues el clero secular con el arzobispo Company se excedió en demostraciones de satisfaccion y aun parte del vecindario, resentido de la conducta de Blake, los acogió con cierta benevolencia que sólo en Andalucía habian podido encontrar.

Pensó Suchet, cada vez más engreído, caer de seguida sobre las plazas de Alicante y Cartagena; pero una vana tentativa, hecha sobre aquélla por una division auxiliar que le enviara Marmont, le hizo conocer que la empresa no podia ser fruto de un ataque de rebato, y se contentó con el pronto por dilatar su dominio por la costa hasta el castillo de Denia, abandonado por su gobernador.

Por la costa oriental completó su dominio hasta Cataluña con la adquisicion del fuerte castillo de Peñíscola, pequeño Gibraltar que entra en el mar unas ciento veinte toseas, quedando unido al continente por medió de una



estrecha lengüeta que cubre el oleaje en los temporales. Fuerte por la naturaleza, lo estaba tambien entonces por el arte, habiendo resguardado su único ingreso con cortaduras y baterías de varios órdenes. Todo fué inútil, porque su gobernador García Navarro, prefirió vender lo que tanta honra podia darle defendiéndolo con valor y lealtad (4 de Febrero).

La division de Mahy, desde su separacion del ejército habia corrido en varias direcciones sin acertar á evitar, ni bajo su mando ni bajo el de D. José Odonnell, esas y otras desgracias que fueron inmediata consecuencia de la rendicion de Valencia. Sout, el hermano del mariscal, para asegurar la destruccion de aquel resto del ejército de Blake con que le halagaban Suchet y Montbrun, acudió presuroso á aquellas partes, entrando en Murcia el 26 de Enero.

El bravo D. Martin de la Carrera penetró en sus calles cuando el francés estaba más descuidado saboreando los manjares de un opíparo banquete; pero no concurriendo á la sorpresa los que debian penetrar por otra parte, vino á sostener sólo con cien hombres el peso de todo el enemigo. Pelearon, sin embargo, con tanto ánimo y bizarría por las calles sus soldados, que perecieron casi todos sosteniendo cada cual honrosa lucha contra doble y triple número cuerpo á cuerpo. El valeroso y membrudo Carrera, cercado por seis en la plaza Nueva, defendió largo rato su vida á sablazos, hasta que herido de un pistoletazo y rendido á la fatiga, cayó exánime en el suelo. Era por su presencia y carácter uno de aquellos esforzados varones de la edad media, capaz de sostener dignamente con su brazo la causa de la patria. Lloró su muerte la nacion entera, y buscando un medio de perpetuar su nombre, se le puso á la calle de San Nicolás, donde fué á espirar su último aliento.

Resta sólo para completar el cuadro de las campañas de 1811, referir los hechos más notables de los guerrilleros.

En todas las provincias de España siguieron los caudillos ya nombrados y algunos otros que al punto reemplazaban á los que perecian ó se levantaban nuevamente, persiguiendo con

ardorosa actividad á cualquier destacamento que veian separado del grueso de su ejército. Pero los que continuaron distinguiéndose fueron Mina, el Empecinado y Porlier.

Porlier, habiendo llegado á organizar cuatro mil hombres, fatigó al enemigo con continuas correrías desde Potes, su alojamiento ordinario. En Agosto, arrojandose de repente sobre Santander, destruyó su guarnicion, sin que se salvaran más que cien hombres, ocupó la ciudad, arrasó varios fuertes, y fué señor de la provincia hasta que volvió el francés con mayores fuerzas.

Longa, el Pastor y Merino hostigaron tambien mucho á los cuerpos encargados de su persecucion, escarmentándolos á veces en choques formales.

El Empecinado, habiendo llegado á reunir tres mil hombres, dilataba sus correrías por ambas Castillas, y aún llegaba á Aragon. Atreviase á combatir muy á menudo con fuerzas superiores, como lo hizo en Sacedon y en Priego, llevándoles no pocas veces la ventaja. En Marzo concertó con Villacampa el ataque del fuerte de Auñon en la provincia de Guadalajara, único que no habian inutilizado los franceses de los que tiene el Tajo por aquellas partes. Los seiscientos hombres que lo custodiaban fueron arrollados; pero una fuerte tempestad, suspendiendo la persecucion, dió tiempo á que acudiesen socorros de Brihuega, Guadalajara y Tarancon, ante los cuales se retiraron los españoles. Combináronse otra vez varias fuerzas enemigas para aniquilar al infatigable D. Juan Martin, siendo idéntico el resultado. Nuestro guerrillero traspuso los montes, y desenvolviendo como de costumbre mayor actividad cuanto más grande era el apuro, tan pronto aparecia en Somosierra como en la Granja, como en las puertas de Madrid, siempre escarmentando á los enemigos.

Mina ejecutó tambien en Mayo una sorpresa que hizo gran ruido en toda España. Sabiendo que estaba Massena dispuesto á salir de Vitoria con un gran convoy para Francia, resolvió sorprenderlo en el puerto de Arlaban, adonde citó para el amanecer del 25 sus diversos batallones sin saber unos de otros. Puestos